

peldaños, de pasar un pasillo por donde hay que ir casi á gatas, y de bajar cuatro peldaños más, penetramos en el sepulcro de Lázaro. En tiempo en que Jesucristo se entraba á este sepulcro por el pasillo, y solo habia que bajar los cuatro últimos peldaños; pero como los musulmanes construyeron en la puerta una mezquita, que imposibilita la entrada, los cristianos, los padres de Tierra Santa, tuvieron que abrir y abrieron en el año 1337 los veintisiete primeros peldaños para no privarse de visitar aquel santo monumento. El sepulcro de Lázaro, como todos los sepulcros orientales de aquella época, se compone de dos cavernas cuadrangulares, de tres metros de largo por otros tres de ancho cada una, abiertas las dos en la roca, si bien revestidas de mampostería por los Cruzados, porque la piedra es blanda y necesitaban darle consistencia para edificar encima un templo, del que ya nada se conserva. En el sepulcro de Lázaro no existe banqueta para colocar el cadáver; no sabemos si nunca existió, ó si como era piedra blanda, desapareció víctima del tiempo ó de los peregrinos, que se la fueron llevando poco á poco. Una de las dos criptas es en la que se paró Jesucristo, y dijo en alta voz: «Lazare, veni foras..... Lázaro, sal fuera.» Y la otra donde Lázaro yacía sepultado, y de la que salió con las manos y los piés atados y el rostro cubierto con un sudario. ¿Qué extraño es que, como dice el evangelista S. Juan, muchos judíos que habian ido á visitar á

María y á Marta, al ver lo que Jesus hizo creyeran en él?

Montados de nuevo á caballo atravesamos el pueblo, pasando junto á las ruinas de la casa de María, de Marta y de Lázaro, sobre cuyas ruinas un magnate ruso está erigiendo una gran casa. Luego principiamos á bajar del monte Olivete por la ladera occidental, vimos el punto en que estuvo la higuera que maldijo Cristo, cruzamos el valle de Josaphat, dejamos á la derecha el huerto de Gethsemani, salvamos el torrente Cedron, y por la puerta de San Estéban entramos en Jerusalem.

MI REGRESO A MADRID.

Jueves 15 de Marzo.

Despedidas.—Mi salida de Jerusalem.—Ramma.—Jaffa.—La tempestad.—Un naufragio.—Mi embarque.—Mi llegada á Europa.—Mi entrada en España.—Mi entrada en mi pueblo.—Mi entrada en Madrid.

I.

Empleé el día 14 en despedirme del patriarca, del vicecónsul, del médico Carpani, de los frailes españoles, del custodio; en una palabra, de todas

las personas que tantos obsequios me habian dispensado durante mi permanencia en la Ciudad Eterna; y por última vez ¡ah.....! ¡por última vez en mi vida..... fui á orar un momento en el Calvario y otro en el santo sepulcro! El dia 15 al aparecer el sol en la cumbre del monte Olivete, nos encontró en la puerta de Jaffa admirando aquellos altos muros y aquel profundo foso, y aquellos campos de Fulon, donde el ángel del Señor mató 180,000 soldados del ejército de Senaquerib; nos encontró allí contemplando por última vez aquellos valles y aquellas colinas y aquellas torres, mudos testigos de grandes hechos, aquellos lugares que tan maravillosamente describe el Tasso en su «Jerusalem libertada;» nos encontró allí dando el abrazo de despedida á buenos amigos como fray Manuel Yuvero y dispuestos á comenzar mi regreso á España. Me acompañaron hasta Bab el-Huad, «puerta del valle de los Terebintos,» el vicecónsul español, Hassan su cabbas, fray Francisco Argote, fraile de buen humor, almacenero del convento de San Salvador, mi dragoman Rafael, á quien ya no pagaba yo, pero que quiso dispensarme este obsequio; un árabe llamado Abdallah, un hijo suyo de nueve años, notable gineete, y un múcaro negro. En Bab el-Huad almorzamos con buen apetito abadejo cocido solo con agua; desde allí despidiéndose el vicecónsul, se subió á visitar unas haciendas que posee en el valle de Terebintos, y nosotros continuamos nuestro camino en aquellos infatigables caballos.

Entre cinco y seis de la tarde llegamos á Ramma, donde salieron á recibirnos todos los frailes españoles, nos apeamos y nos sentamos en el patio, en el que negándome yo á pasar adentro, nos sirvieron chocolate y agua de limon. El presidente fray Manuel Pascual, de quien conservo gratísimos recuerdos, se empeñó en que durmiéramos allí aquella noche, como hacen todos los viajeros, quienes emplean siempre dos jornadas en ir de Jerusalem á Jaffa; mas yo por teuer seguridad de estar en Jaffa cuando á la mañana siguiente se pusiera á la vista el vapor «Du Messageries maritimes,» pregunté á mis compañeros de viaje si se sentian con fuerzas para llegar á dicho pueblo aquella noche; y como todos me contestaran que si, nos despedimos de los reverendos padres, y volviendo á montar en nuestros caballos rompimos la marcha.

Gozando con la bella puesta del sol sobre el horizonte de Gaza, viendo pasearse delante y muy cerca de nosotros raposas y corzos, entramos á las ocho y media ó las nueve en el convento de Jaffa. Nuestra fatiga era muy grande, porque bajo una temperatura extremadamente alta habiamos hecho una jornada de trece leguas. Inmediatamente se presentó en mi busca el presidente fray Casto Amado, y con él, con el gobernador de Ramma, que por casualidad se encontraba allí, turco recalcitante, quien causando á todos asombro, me cedió la presidencia en la mesa, y con el capitán de

una goleta francesa que habia naufragado en el puerto pocos dias ántes hacia, pasamos ratos de grata conversacion.

II.

De nada me sirvió el esfuerzo que hize por llegar á Jaffa aquella noche, cansándome mucho y cansando á mi pequeña caravana; el dia 16 amaneció el mar alborotado, el vapor á la vista, pero sin atreverse á aproximarse al puerto y sin atreverse los de los lanchones á desamarrar siquiera. esto sucede en Jaffa siempre que el mar se embravece. El mar de Jaffa, ó como allí dicen, "el mar en que pescaba San Pedro," es horrible. Si las conquistas de la civilizacion, si las cortes europeas no obligan á la sublime puerta á arreglar aquella mortifera enseñada, siempre será esto un obstáculo para ir á Tierra Santa. Muchos son los que perecen al salvar los escollos próximos á la calle de la ciudad, único muelle que se presenta á las olas de tan embravecido mar. Yo, en la elevada azotea del convento, á sesenta metros sobre el nivel de la calle, abrazado al asta donde se iza la bandera de mi patria, para que no me arrancase el furioso huracan, contemplaba con honda pena aquel buque, que sin acercarse á donde yo estaba iba á partir para España. El huque hizo por su

parte cuanto pudo; capeó el temporal de babor y de estribor por ver si conseguia avanzar algo á tierra, pero todo fué inútil; las olas crecian. crecia el ruido y las nubes crecian. Rafael, que subió en mi busca, me dijo por consolarme sin duda:— "Que el paquebot se esforzaba por acortar la distancia que lo separaba del pueblo, y que aún podria yo embarcarme aquel dia." Yo al ver el cariz del mar me convencí de que no, y no me equivoqué; pues á las ocho tomó el buque su derrotero hácia Occidente y muy pronto desapareció, perdiéndose en la densa bruma que confundia el mar con el cielo.

III.

En Jaffa permanecí cuatro dias visitando otra vez sus apreciables monumentos y sus naranjales, que llaman "jardines," de una frondosidad, de una belleza y de un perfume fabulosos: recibí durante aquellos cuatro dias finos obsequios de algunas familias, que me llevaron á refrescar á sus casas de campo, construcciones orientales todas, palacios algunos, que rivalizan con los ensueños de los poetas árabes. Una tarde horrible de tempestad ví naufragar una goleta austriaca en la misma playa á cien pasos de nosotros: pero felizmente se salvó la tripulacion, que se refugió en el convento. El 18 cruzó con rumbo á Constantinopla el va-

por-correo austriaco, en el cual se embarcó el joven sueco que habia hecho el viaje en mi compañía; yo tambien traté de embarcarme en él y hubiera visto el Tabor y el Carmelo, y las ruinas de Tiro y Sidon, y las altas cumbres del Líbano; pero me hicieron comprender los frailes que me faltaba tiempo para regresar á Madrid el dia en que yo habia dicho se me concluía la licencia.

El mártes 20 me embarqué en el vapor ruso "Vladimiro", que navegaba con rumbo á Occidente, acompañándome hasta él fray Fray Francisco Argote, Abdallah y Rafael. A las cuatro de la tarde zarpó, y á las cinco perdí de vista la "Tierra Santa;" pero no la perdí de mi imaginacion; su recuerdo vivirá siempre conmigo, y las emociones que en ella recibí nunca se borrarán de mi alma.

IV.

En el "Vladimiro" fui hasta Alejandria, á donde llegamos el juéves 22, despues de haber tocado el miércoles 21 en Port-Said. En Alejandria tuve que esperar algunos dias, que empleé en visitar otra vez aquellos monumentos. Ya entonces se habian llevado á Inglaterra una de las dos agujas que en la orilla del mar formaban en otro tiempo la elegante entrada de los baños de Cleopatra, la que cuando yo estuve la primera vez en Alejandria se encontraba caida, y yo medí pasando por

encima de ella, resultando tener setenta y seis piés mios. La otra sigue plantada allí, donde la plantaron sus autores, donde pasó sus dias de grandeza, donde vió deslizarse muchos siglos y donde en mi juicio debian estar las dos.

El 25, Domingo de Ramos, me embarqué en un vapor inglés, muy pequeño por cierto, llamado Avocá, disfrutando en todo el viaje buen tiempo. El 28, á la una de la tarde, descubrimos las montañas de la "Calabria;" [á las tres cruzamos el canal de "Otranto," entramos en el "Adriático," y á las cuatro y media desembarcamos en "Brindis," experimentando todos gran placer al pisar la Europa.

V.

El 29, á las nueve y cuarto de la mañana, de Brindis y á las nueve de la noche entré en Nápoles. Visité la catedral, el Vesubio, el Museo, las ruinas de Pompeya, las de Herculano, Sorrento, Pórtici, Regina, Torre de Grecco, Torre Anunciata y otros puntos curiosos de aquella bellísima ciudad, ninfa del golfo. El 30 por la noche salí de Nápoles, y el 31, á las ocho de la mañana, entré en Roma, en la majestuosa, en la solemne, en la histórica Roma. Visité el Vaticano, San Pedro, San Pablo, Santa María la Mayor, donde se conserva el "Pesebre de Bethlem," que Santa Elena tras-

ladó allí, junto al cual se hallaba el sepulcro de "San Jerónimo." Ví San Juan de Letran, la "Escala Santa," trasladada también por Santa Elena, la cual subí de rodillas, único modo de que se permite subirla; ví el Capitolio, el Coliseo, el foro público, el foro de Trajano; recorrí las catacumbas de San Sebastian, y cuantos monumentos principales abraza en sus seculares muros aquella eterna ciudad. No pude besar la mano al Sumo Pontífice Pio IX porque ya estaba enfermo. En el "Hotel di Stati Uniti," donde me hospedé, puse el fin á mi diario; y desde allí, sin detenerme en parte alguna más que el tiempo que emplean en sus paradas los trenes, me dirigí á mi patria.

VI.

El día 2 de Abril, á las dos de la tarde, salí de Roma, y pasando algunas horas en Génova, en Niza, durmiendo en Cannes y permaneciendo cerca de un día en Marsella, entré en España el 5 á las seis de la tarde por Portús. El 5 dormí en Barcelona, saliendo el 6. El 6 dormí en Zaragoza, saliendo el 7. Y el 7 entré en mi pueblo, "Cervera del Rio Alhama," á la una de la tarde. Aquella noche dormí en mi pueblo, en mi casa, y el lunes salí de él á las dos, también de la tarde, entrando el miércoles 9 en Madrid, donde tuve el inmenso placer de encontrar sin novedad á mi esposa, y de ver

realizadas las ilusiones concebidas en los primeros años de mi juventud, las nobles ilusiones de hacer un viaje al Egipto y á la Tierra Santa, á aquellas regiones orientales, cuna de la humanidad, templo de su prodigiosa redención.